

WARHAMMER  
40,000

SPACE MARINE BATTLES™

# PANDORAX

C. Z. DUNN



timunmas



# **PANDORAX**

**C. Z. DUNN**

timunmas

Título original: Pandorax  
Traducción: Traducciones Imposibles

Ilustración de cubierta: Kai Lim  
Ilustraciones de interior: Helge C. Balzer, Sam Lamont y John Michelbach

Pandorax, Pandorax, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2013 por Black Library  
Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited 2014

© De la traducción Games Workshop Limited. 2016. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0375-6  
Preimpresión: Keiko Pink & the bookcrafters  
Depósito legal: B. 8.723-2016  
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



## CAPÍTULO UNO

### **823959.M41 / Claros de la Muerte. Veinte kilómetros al oeste de Atika, Pythos**

La bestia abrió sus feroces fauces, y su nauseabundo aliento golpeó al catachán con la fetidez de la decadencia. Unos hilos consistentes de saliva descendían desde el labio superior al inferior, y tenía entre los dientes restos de un trozo de carne más grande que un puño humano. El saurio escamoso observó al soldado rechoncho antes de avanzar con la boca abierta para alimentarse. Sus mandíbulas se cerraron sobre las hojas que se le ofrecían y, con un resoplido de satisfacción, el herbívoro devoró su comida. El catachán le dio unas palmaditas en la cabeza. Antes de que le diera tiempo a alimentar a otros cinco arbosaurios, que habían sido el medio de transporte de su escuadra, la voz del comandante llamó su atención.

—Déjalos en paz, Mack. Si les das de comer ahora, no se moverán en horas, y la verdad es que me gustaría volver a la base antes del anochecer. —No había malicia en la voz de Piet Brigstone, solo la brutal autoridad de un hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido—. Ven aquí, quiero que le echés un vistazo a esto.

Mack se deshizo del montón de follaje que había recogido e hizo lo que se le ordenó sin hacer preguntas. El comandante se arrodilló para examinar una profunda huella en el barro de aquella selva mientras cuatro figuras musculosas con bandanas rojas les observaban.

—¿Qué es eso, jefe? —preguntó Mack mientras se acercaba a ellos. Aunque todos los miembros del equipo le entendieron perfectamente, sus sílabas sonaban entrecortadas, como si estuviese hablando con la boca tapada.

—Es un rastro. El primero que hemos sido capaces de distinguir. ¿Puedes identificarlo? —El comandante le indicó con un dedo la longitud del medio metro de aquella profunda huella. Mack arrugó sus rasgos achatados y escudriñó el hallazgo. Pocos catachanos tenían suficiente intelecto como para estar calificados para un puesto en el Administratum o en el Departamento Munitorum, pero el desarrollo de Mack no era del todo completo. No es que a Brigstone o al resto de la escuadra les importase, lo que le faltaba en un área lo compensaba con creces en otras. Mack no solo valía por un equipo de bólter pesados: en los tres años que habían pasado atrapados en Pythos, había aprendido a identificar la fauna nativa del lugar solo con mirar sus huellas, sus excrementos o la forma de sus mordiscos.

—Parece un carovis, jefe. Uno muy grande —dijo Mack después de pensárselo unos momentos.

—¿Estás seguro? —preguntó Brigstone. Los carovis no eran ni de lejos los depredadores más grandes que deambulaban por Pythos, pero solían merodear por los terrenos de las profundidades de los Claros de la Muerte en los que había bastantes cosas que cazar, o por las llanuras de la Savana Carbonizada. Era muy raro que uno se acercase a un área poblada, pero si Mack estaba en lo cierto, aquel sería el tercero en una semana a menos de veinte kilómetros de Atika.

—Seguro.

Brigstone le tomó la palabra. Cuando los catachanos de la 183.<sup>a</sup> se habían encontrado varados en Pythos en la ruta hacia el Torbellino, muchos se burlaron de la idea del comandante de tanque Piet Brigstone de entrenar a algunos de aquellos hombres para que pudieran montar a lomos de las bestias. No les costó mucho tiempo entender su forma de pensar, ya que perdieron casi treinta Chimera y centinelas, engullidos por las ciénagas o por algún carnívoro violento. Y fue en momentos como aquellos en los que se dieron cuenta de que merecía la pena compartir las raciones de comida con los patrulleros o, mejor dicho, con los nativos silvestres. Aunque no consiguieran domar a la criatura en el camino de regreso a Atika,

podrían doblar la guardia durante la noche para vigilar el perímetro y colocar armamento pesado en las torres de vigilancia. El carovis no llegaría a doscientos metros de la ciudad.

—¡Vamos! ¡A cazar! —gritó con entusiasmo Kotcheff, uno de los catachanos que había estado callado hasta ahora. Tenía la bandana empapada en sudor atada en la frente, y su pelo corto brillaba a la luz del anochecer. Estaba embadurnado en barro de pies a cabeza, al igual que sus camaradas, y su rifle láser colgaba a su lado. Imitando también al resto de los miembros de la escuadra, tenía apoyada una de las manos en la culata del arma, listo para entrar en acción al menor indicio de peligro.

—De acuerdo, pero no corramos riesgos estúpidos. Si nos va a servir como desayuno, quiero que estemos todos para disfrutar de él —dijo Brigstone. Aunque la 183.<sup>a</sup> tenía suficientes provisiones y equipamiento para aguantar unos meses y había naves que venían de mundos agrícolas cercanos que les proporcionaban suministros frescos cada pocas semanas, era por todos sabido que la mayoría de catachanos preferían el sabor de la carne de verdad. Como el ganado no era capaz de sobrevivir en Pythos por culpa de la multitud de depredadores que habitaban la zona, los mineros de rubíes y los soldados del Imperio, las únicas veces que la carne fresca se incluía en el menú era cuando los patrulleros salían de caza y traían alguna criatura. Si Brigstone y sus hombres conseguían volver con unos cuantos pedazos de carovis, ninguno de ellos tendría que pagar ni una ronda en todo el mes.

Juntos y con el sol cayendo lentamente tras ellos, los seis catachanos se dirigieron hacia la capital planetaria.

Al igual que la mayor parte de la superficie de Pythos, el paisaje de la zona de Atika se componía de ciénagas y marismas de las que brotaban árboles enormes de gruesos troncos, cuyas copas se situaban a cientos de metros sobre el suelo y apenas dejaban pasar la intensa luz solar del planeta. A pesar de que el calor abrasador les estaba dando un respiro, las temperaturas podían alcanzar los límites de la tolerancia humana incluso cuando estaba nublado, y un manto de vapor caliente cubría de forma inquietante las aguas negras yapestosas.

Brigstone y sus hombres estaban siempre alertas, no solo por la fauna de depredadores que podían surgir de la niebla en cualquier momento y devorar a un hombre de un bocado, sino también por la flora. En

aquella selva había grandes enredaderas que usaban sus zarcillos como si fueran tentáculos, y también vainas bulbosas que crecían en la base de los árboles listas para estallar en nubes de esporas que podían asfixiar a cualquiera que pasase cerca. Incluso la ciénaga en sí era mortal: si no te hundías en aquel fango viscoso y espeso siempre hambriento de incautos que se atrevieran a cruzar por allí, podías encontrar la muerte en la reacción química entre los agentes del agua y el aire, que convertían el vapor en un ácido que podía disolver cualquier cosa que entrase en contacto con él.

Mientras los catachanos recorrían poco a poco una de las rutas seguras por las que se podía cruzar el pantano para regresar a Atika, Brigstone estaba particularmente alerta.

Cada miembro de la escuadra tenía asignada una tarea en la patrulla. Brigstone debía detectar cualquier signo del vapor de ácido, como cortezas de árbol peladas o agujeros extraños en el follaje. Cimino se encargaba de vigilar las enredaderas y, de vez en cuando, el «novato», como le llamaban por no llegar a los cinco años de servicio, se veía obligado a disparar para que los zarcillos no derribasen a uno de los arbosaurios; aquello solía provocar la ira en sus compañeros, que creían que el disparo espantaría a su presa. Zens estaba siempre en guardia ante cualquier otra amenaza de la naturaleza, y Mack y Furie eran los que estaban atentos a los carovis. Kotcheff cerraba la marcha, intentando advertir todo signo de actividad enemiga.

A pesar de que aparentemente era una operación en tiempos de paz, la 183.<sup>a</sup> se dedicaba a acechar y matar el tiempo hasta que los nuevos transportes pudiesen atravesar aquella disformidad y enviarles a su teatro de la guerra. Las palabras «paz» y «tiempo» componían un oxímoron en el caso del 41º milenio. Los enemigos del Emperador estaban cerca, y un momento de laxitud podría costarles caro. Más de un catachán descansaba bajo tierra alimentando a los gusanos porque había pensado que, como el regimiento no estaba en guerra, pasaría desapercibido. El oficial al mando de la 183.<sup>a</sup>, el coronel «Muerte» Strike, había sobrevivido durante más de una década al servicio del Emperador por no pensar de esa forma, y así había entrenado a todos sus comandantes, quienes a su vez inculcaron ese mismo espíritu a los hombres que dirigían en la batalla.

Un estruendo captó la atención de todos.

Brigstone, a la cabeza de la formación, alzó una mano y los demás cachaños detuvieron a sus bestias tras él. Los que tenían rifles láser los desfundaron y los levantaron hasta la altura de sus hombros, con los cañones apuntando a la selva, listos para disparar a cualquier cosa que saliera de ella. Mack comprobó el funcionamiento del bólter con el que había equipado la silla de su arbosaurio. Pasaron unos segundos antes de que se produjera un segundo estruendo, esta vez más cerca, pero aún a cierta distancia.

—Viene de allí —susurró Zens, señalando con su brazo medio tatuado el lado izquierdo de donde se habían quedado parados. Las seis armas apuntaron a la vez hacia aquella dirección. A través de la neblina de la ciénaga, las plantas se movían como si algo estuviera pasando entre ellas. Cada vez más y más cerca, hasta que llegó adonde estaban.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —Las órdenes de Brigstone apenas eran audibles entre tanto ruido. El movimiento del follaje se acercaba más y más.

Veinte metros. Quince metros. Diez metros.

—¡Ahora! ¡Ahora, abrid fuego! —Un clímax de disparos ahogó las tres últimas palabras de Brigstone. Concentraron el fuego en un área de unos pocos metros, acribillando a cualquier cosa que entrase en aquel campo de tiro. Según continuaban los disparos, varios saurios pequeños salieron de la maleza en dirección a los cachaños y sus monturas. Muchos de los pequeños cuadrúpedos resultaron heridos, pero seguían emergiendo de la selva en manada.

—¡Alto el fuego! —ordenó Brigstone, y tras unos segundos el mensaje llegó a todos los miembros de la escuadra. Bajaron las armas y vieron cómo correteaban los últimos animales entre las piernas de los arbosaurios y se perdían entre los árboles que había tras ellos.

—¡Polluelos! —gritó Cimino al desmontar y recoger del suelo una de las criaturas muertas—. No son tan grandes como para saciarnos a todos, pero con la cantidad que hemos...

—Esperad. ¿De qué huían? —preguntó Brigstone interrumpiendo al soldado.

La respuesta no tardó en llegar.

El ruido de los cientos de polluelos que huían de aquel terror había enmascarado el avance de la enorme criatura, pero esta vez un rugido de



auténtico dolor anunció la llegada de un carovis, que surgió de la niebla del pantano y decapitó a Cimino con su enorme garra de un solo golpe mortal. Antes de que la cabeza del desafortunado catachán tocara el suelo, la bestia se lanzó hacia delante y derribó al arbosaurio de Furie. La montura cayó con un golpe seco y se partió el cuello en el impacto, pero el jinete evitó una mala caída. Fue a por el rifle laser que había aterrizado en el barro, a su lado, y balanceó el arma para apuntar al carovis. Apretó el gatillo pero no ocurrió nada. Cuando estuvo a punto de intentarlo de nuevo, el cielo encima de él se oscureció, y una pata enorme, la misma que había dejado la huella que habían encontrado, se cernió sobre él, a punto para aplastarlo.

Al sonido de los disparos de bólter le siguió el ruido sordo de los impactos. Furie retrocedió al tiempo que el pie del carovis explotaba y lo bañaba en sangre. La bestia rugió de nuevo e, inestable, se dio la vuelta para concentrar toda su atención en la fuente del dolor. Reajustando el ángulo de disparo, Mack acribilló el pecho de la fiera, dejando la piel naranja y escamosa de aquella cosa como un colador. El animal cayó de rodillas e intentó rugir de nuevo, pero Brigstone, Kotcheff y Zens pusieron fin a aquel ruido ensordecedor al disparar con sus rifles láser en las heridas que acababa de abrir el bólter de Mack. Los órganos internos del carovis se cocieron con el intenso calor del fuego de las armas de energía de la escuadra.

Tirado en el suelo e indefenso, la respiración del carovis era irregular, pero incluso al borde de la muerte todavía era capaz de destrozarles con sus garras. Brigstone se acercó despacio a la bestia y desenvainó su cuchillo de combate para colocarlo en la zona blanda y carnosa que unía la columna vertebral y el cráneo del saurio. Justo cuando el comandante se preparaba para asestar el golpe final que acabaría con la vida del animal, reparó en su mirada. Allí donde esperaba encontrar furia y rabia, solo vio algo que podía describirse como terror. Con ambas manos en la empuñadura, hundió el cuchillo hasta que atravesó el músculo y llegó a la masa cerebral.

Puesto que aquel carovis podía ser parte de una manada, los catachanos esperaron varios minutos antes de bajar las armas. Una vez que el sonido de los polluelos se perdió en la distancia, prosiguieron con sus tareas con una determinación tan oscura como las hojas de sus cuchillos.

Mack y Furie reunieron a los asustados arbosaurios mientras Kotcheff y Zens despiezaban el aún caliente cadáver del carovis. Brigstone encontró el cuerpo decapitado de Cimino y recogió el arma del hombre muerto. Tras un rato de búsqueda, también logró encontrar la cabeza y se quedó con la bandana que llevaba en la frente. Brigstone ató la tira de tela roja alrededor de la empuñadura del cuchillo y colocó firmemente un pie sobre el cuerpo inerte del soldado para hacerlo rodar hasta la maleza. «Lo que la selva se lleva, la selva se queda», ese era el dicho de los catachanos.

—Jefe, ven y mira esto —le llamó Zens, de pie junto al carovis muerto.

Brigstone se clocó el arma de Cimino en el cinturón junto a la suya y se unió a los dos catachanos que estaban junto al cadáver de la bestia.

—¿Qué habéis encontrado?

—No lo sé. Esto de aquí son las heridas que le hizo Mack. —Zens señaló los agujeros en la piel del pecho del carovis—. Y esto son las quemaduras de nuestros rifles láser. Pero esto... —Señaló la grupa de la bestia, allí donde había unas escamas ennegrecidas. Le brotaba pus de entre las grietas de la piel, y el olor a carne en descomposición era aún más intenso debido al calor sofocante de la selva—. No tengo ni idea de qué lo que ha causado.

Brigstone se agachó para verlo más de cerca, pero el fuerte olor a descomposición le provocó arcadas y obligó al veterano a taparse la boca y la nariz.

—Déjalo.

—Pero, jefe, Cimino murió por matar a esta cosa. Es un error dejar que se eche a perder —protestó Kotcheff.

—Y si nos lo llevamos al campamento y alimentamos con él al regimiento, morirán más hombres. —Un montón de gusanos brotaron de la zona necrosada para ratificar el argumento del comandante—. Ahora, en marcha. Todavía tenemos tiempo de llegar antes de que se nos eche la noche encima.

Mack, que para entonces ya había conseguido reunir a todos sus arbosaurios, los llevó hasta donde estaban los catachanos supervivientes; los montaron y se dirigieron todos juntos a Atika.

Antes incluso de que pudieran alejarse lo suficiente, la selva de Pythos ya se estaba dando un festín con los cadáveres que habían dejado atrás.

## 823959.M41 / Colmena de Atika, Pythos

El sol se ponía tras las montañas Olympax en el momento en el que la escuadra de Brigstone llegó a Atika. Mientras miles de combatientes de la selva comprobaban sus armas, afilaban sus cuchillas y cargaban suministros de comida y munición, la luz del crepúsculo bañaba la base catachán de un tono carmesí. Cuando atravesaron las puertas de metal bajo las torres de vigilancia de los centinelas, algunos de los catachanos pararon de hacer lo que estuvieran haciendo y les lanzaron miradas de esperanza, pero al ver que la escuadra de Brigstone no arrastraba tras ellos ningún cadáver de saurio, volvieron a sus quehaceres.

A Brigstone le resultó raro que fuera casi de noche y que la base no se estuviera preparando para cerrar las murallas. Por el contrario, parecía que todo el regimiento estaba fuera de los barracones preparándose para movilizarse. Brigstone reconoció a un soldado que parecía bastante ajetreado y lo saludó.

—Goldrick, ¿qué está pasando? ¿Tenemos orden de partir?

El fornido artillero se detuvo y miró a Brigstone, elevado a varios metros del suelo sobre su monta.

—No, señor —dijo Goldrick saludando brevemente—. Un transbordador llegó justo antes del anochecer. Era pequeño pero estaba armado hasta los dientes. Lucía águilas y otros símbolos que nadie ha podido reconocer. —Los dos hombres miraron al cielo en dirección a la pista de aterrizaje que sobresalía de la torre de la ciudad, donde había una nave—. Desembarcaron un montón de peces gordos vestidos con togas y exigieron ver al coronel. Han estado con él las últimas horas, y Strike nos ha ordenado que ocupásemos nuestros puestos.

—¿Togas? ¿Eran eclesiarcas? —Brigstone se había encontrado antes con ellos, en Catachán, cuando los misioneros habían llegado para reforzar la voluntad del Emperador en lo que vieron que no eran más que salvajes. Los catachanos eran servidores leales al Trono Dorado, pero no les gustó que les impusieran ninguna voluntad; y después de que las primeras naves de misioneros se encontrasen con que se adaptaban a la vida en aquel mundo de muerte, las naves de misiones la Eclesiarquía empezaron a eludir Catachán por completo. No todos los que provenían del planeta

eran devotos a regañadientes, estaban los de la escuadra 183.<sup>a</sup> (incluidos el coronel y muchos de sus oficiales), cuyo culto al Dios Emperador era pródigo y sincero.

—No creo. Dos de ellos eran mujeres por lo que he oído, pero no eran Hermanas de Batalla. Se rumorea que todavía no han salido todos del transbordador, que hay más ahí dentro. Algunos miembros de la escuadra de Batawski están vigilándolo y juran que oyen a gente en el interior moviéndose de aquí para allá. —El artillero miró a su alrededor furtivamente, ansioso por ponerse de nuevo con sus deberes.

—Sigue con tu tarea, Goldrick —le dijo Brigstone—. Infórmame si te enteras de algo más.

El artillero se escabulló en dirección a los hangares de almacenamiento de los tanques de regimiento, dejando a Brigstone y a su escuadra continuar su marcha hasta los rediles de las bestias.

Cuando llegaron, alguien estaba esperando al comandante.

Brigstone desmontó y le entregó las riendas de su arbosaurio a Mack. La figura que estaba esperando en la entrada de los rediles hizo un rápido saludo que Brigstone le devolvió.

—Comandante Brigstone, el coronel me ha pedido que os acompañara hasta él en cuanto regresara de patrullar.

A diferencia de Brigstone y su escuadra, el recién llegado vestía una chaqueta de manga larga de color caqui con botones de latón abrochados hasta la solapa, en la que descansaba el símbolo de un águila pegada a una cadena. En lugar de una bandana, llevaba una boina roja con un trozo de latón con la forma del símbolo de los catachanos fijado a ella. La suavidad de su barbilla mitigaba sus maltrechos rasgos, pero los cortes de sus mejillas indicaban que no era un hombre acostumbrado a afeitarse.

—Mayor Thorne, el coronel debe de tener invitados más que distinguidos para ordenarte que te vistas con esa toga ceremonial. Pareces más un vostroyano que un veterano del mundo muerto. —Brigstone sonrió, vacilón.

El hombre mayor sacudió la cabeza y frunció el ceño antes de mostrar una amplia sonrisa, con los dientes bien visibles.

—No sabéis ni la mitad, Piet —dijo, estrechándole la mano y haciendo que sus antebrazos chocasen en un saludo tradicional de la

tribu. Miró con cautela al resto de los miembros de la escuadra—. No puedo decir nada más por ahora. Cuando llegemos arriba, Strike te lo contará todo.

—Necesito unos momentos, Eckhardt. —Brigstone señaló la hoja extra que tenía envainada en el cinturón. Ambos dejaron de sonreír.

—¿Quién ha sido esta vez?

—Ciminio. Un carovis apareció de la nada y le arrancó la cabeza.

Thorne asintió con gravedad y soltó un suspiro de alivio.

En su mundo natal, los catachanos mantenían fuertes tradiciones y estructuras tribales, y los regimientos que salían del mundo de la muerte no perdían esas tradiciones. Al igual que la tribu elegía a un jefe, los regimientos elegían a su capitán, sargentos u otros oficiales de alto rango, y podían formarse regimientos enteros en áreas geográficas relativamente pequeñas. Casi toda la escuadra 183.<sup>a</sup> era natural de una pequeña cadena de archipiélagos del hemisferio sur de Catachán y, como resultado, muchas escuadras estaban compuestas por familiares. Primos luchando junto a primos, hermanos luchando junto a hermanos, todos bajo el mando de un tío o, en circunstancias excepcionales, de un abuelo. Ninguno de los hombres de la escuadra de Brigstone era pariente, pero el sobrino de Thorne luchaba bajo su mando.

—¿Cómo le va? —preguntó Thorne señalando con la cabeza a Mack.

—Te preocupas demasiado por él, Eckhardt. Es tan fuerte como un buey y tiene un corazón enorme. Muéstrame un hombre más valiente en este regimiento y yo te enseñaré mi trasero.

Thorne echó la cabeza hacia atrás de una risotada, haciendo que la boina se le cayera y dejara al descubierto su calva.

—Venga —dijo volviéndose a colocar la boina—. Haced lo que tengáis que hacer, os espero aquí.

Brigstone asintió solemnemente y se dirigió al claro que había en la parte de atrás del establo. Había cientos de bandanas rojas ondeando al viento, cada una atada al mango de un cuchillo que estaba clavado en la tierra seca. Eran un recordatorio constante de los catachanos que Pythos había reclamado. Moviéndose con cuidado entre aquellos monumentos conmemorativos, Brigstone encontró una porción de tierra vacía y desenfundó el cuchillo de Ciminio de su cinturón. Se arrodilló, lo clavó en un ángulo vertical perfecto y volvió con Thorne.

—Bien, vayamos a ver qué es lo que tiene a todo el mundo de los nervios —dijo Brigstone mientras seguía al mayor hasta la base de la torre.

Para las pocas almas del Imperio que habían llegado a oír pronunciar su nombre, la Inquisición no era más que un mito, una leyenda de una época pasada que usaban las madres para asustar a niños desobedientes, o una mentira que usaban los balas perdidas para meterse en la cama de alguien. Más de un niño se iba a dormir aterrorizado pensando que las Naves Negras vendrían a buscarlos en mitad de la noche, del mismo modo que más de un corazón se había roto al despertar y encontrarse con que el agente de los Ordos con el que se había acostado y quien le había prometido tantas cosas había desaparecido bajo el amparo de la oscuridad.

Para otros, los pocos desafortunados, la Inquisición era real y, como fuerza del Imperio, altamente destructiva. Pocos salían ilesos tras hacer un trato o tener un breve contacto con los Ordos. En el mejor de los casos, les arruinaban la vida o les reemplazaban una vez que ya no eran útiles para el Trono. En el peor de los escenarios, el resultado era la muerte, no solo del propio individuo, sino de mundos o sistemas planetarios, de culturas enteras.

Hasta hacía unas dos horas, el coronel «Muerte» Strike era de los que estaban convencidos de que la Inquisición era un mito, un tema sujeto a especulaciones y conjeturas del que hablaban las flotas de guerra imperiales con demasiado tiempo libre y con demasiado alcohol encima, o historias de un miembro del regimiento que conocía a un soldado que una vez conoció a otro soldado que había sido secundado por un agente de la Inquisición. Teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir, Strike estaría encantado de volver al pasado y que nada de aquello estuviese sucediendo, pero en ese momento lo que más le preocupaba era que no uno sino tres de aquellos «mitos» vestidos en togas idénticas de color rojo estuvieran frente a él en su sala de mando, haciéndole exigencias muy reales.

—Se trata de una petición muy simple, coronel —dijo el inquisidor Mikhail Dinalt, caminando con los brazos cruzados por la habitación como si esta le perteneciera—. Necesito requisaros tres de vuestros Chimeras y vuestras tripulaciones para adentrarnos en las profundidades de la selva de Pythos y que nos ayuden a recuperar... —Se detuvo, sopesando qué iba a decir a continuación. Las dos mujeres vestidas de forma similar

le miraron sin inmutarse— un objeto. —Dejó caer la palabra eufemísticamente.

—Mi señor, con el debido respeto, vuestra petición queda muy lejos de ser simple. —Strike se había enfrentado a los demonios catachanos en su mundo natal, y volvió no solo para contarlos, sino también para llevar sus dientes colgados en una cadena alrededor del cuello. A pesar de que acababa de tomar consciencia de la existencia de la Inquisición, no se dejaría intimidar.

Dinalt se irguió, elevándose unos pocos centímetros por encima de la tensa figura del coronel, y acercó tanto su rostro al de Strike que el catachán pudo sentir el aliento del inquisidor sobre sus mejillas.

—Si así lo quisiera, coronel, podría llevarme a la selva a todo vuestro regimiento bajo mi mando para encontrar lo que busco —dijo Dinalt.

Brandd sonrió bajo su capucha. Tzula, que había ido odiando cada vez más a aquella mujer con el paso de los días, le dedicó una mirada de desaprobación.

Strike estiró los hombros y sacó pecho. Aunque el inquisidor fuese más alto que él, le ganaba en corpulencia.

—Y si esa fuese vuestra intención, ya lo habríais hecho.

Dinalt arqueó una ceja.

—Trabajáis para una organización tan secreta que, hasta que no aparecisteis en el panel de control de mi transbordador, creía que era tan real como un enano de dos metros de altura, como un comisario dotado de consciencia o como un necrón.

Tzula estuvo a punto de decir algo pero se lo pensó mejor.

—Lo último que queréis es a diez mil catachanos barriendo la superficie de Pythos para encontrar ese «objeto» que buscáis —continuó Strike—. Diablos, tengo hombres montando guardia tras las puertas de este centro de mando que aun habiéndolos visto, no creen en la existencia de la Inquisición, y estoy completamente seguro de que preferís que siga siendo así.

Era evidente que Dinalt estaba impresionado.

—No quiero ponéroslo difícil con los Chimera, solo intento ser prudente. He estado aquí atrapado durante tres años y creedme cuando os digo que para lo único que os va a servir un transporte personal en esas ciénagas es para daros un bonito ataúd.

—¿Por qué no los habéis modificado para su uso anfíbio? —se burló Brandd—. Es lo primero que deberíais haber hecho cuando os disteis cuenta de la situación.

Strike reprimió su primera y potencialmente suicida reacción antes de hablar.

—A lo mejor así es cómo se hacen las cosas en la Inquisición, pero la realidad de la Imperial Guard es muy diferente, mi señora. Aunque tuviéramos los materiales necesarios para hacer esas modificaciones, no tenemos tecnosacerdotes que las apliquen. Y si tuviéramos los medios para llevarlos a un mundo forja, probablemente ya nos habríamos ido al Torbellino, que era adonde nos dirigíamos antes de que nos abordasen aquí.

—¿Qué les ocurrió a vuestros tecnosacerdotes? Una brigada mecanizada debería tener adeptos del Mechanicus asignados —preguntó Tzula.

—Están muertos —respondió Strike con franqueza.

—¿Todos ellos?

—Mi señora, este es un mundo que se cobra la vida de los catachanos y de mis hombres por igual. El personal imperial que no recibió ningún tipo de entrenamiento para enfrentarse a mundos como este no duró mucho. Ni los clérigos del Administratum, ni los tecnosacerdotes, ni siquiera los comisarios, llegaron al final del primer año en Pythos.

—¿Un regimiento de la Imperial Guard sin comisarios que inculquen disciplina? ¡Lo nunca visto! —exclamó Brandd con incredulidad.

—Es más normal de lo que creéis, mi señora —contestó Strike, antes de añadir en voz baja—: Sobre todo con nosotros.

—Supongo que eso explica por qué vuestro coronel es un zoquete subordinado —dijo Brandd, volviéndose a Dinalt.

Strike había sobrevivido a los dardos de una araña; no iba permitir que le picasen los de la inquisidora rubia.

—A pesar de que se ha demostrado que no es posible operar con nuestros tanques en las inmediaciones de la zona, un destacamento de mis hombres ha conseguido domesticar algunos de los saurios salvajes y los usan como montura. No son tan rápidos como los Chimera pero sí son expertos en abrirse camino por los estrechos senderos de los Claros de la Muerte.

Alguien golpeó la puerta del centro de mando.



—Adelante —dijo Dinalt antes de que Strike pudiera siquiera abrir la boca.

Thorne abrió la puerta, saludó con brusquedad y se hizo a un lado para permitir que Brigstone entrase en la habitación. El comandante entró y saludó al coronel, mirando con curiosidad a las tres figuras togadas. Brigstone parecía no ser consciente de su ojeroso aspecto y de su mala higiene personal tras haber pasado un día a lomos de su arbosaurio.

Brandd sintió náuseas y puso el dorso de su mano sobre su nariz y su boca, provocando que Strike sonriese. Thorne cerró la puerta tras ellos.

—Mi señor, este es el comandante Brigstone. Dirige el destacamento del que os he hablado —le presentó Strike.

Brigstone iba a saludar, pero al oír las palabras «mi señor» no supo si debía hacer una reverencia. Al final no hizo ninguna de las dos cosas y se quedó allí quieto.

—Este hombre es de confianza, ¿no es así? —inquirió Dinalt.

—Todos mis hombres son de confianza, señor —respondió Strike.

El inquisidor se dirigió a Brigstone.

—¿Esas bestias que habéis domesticado son suficientes para llevarnos a los seis?

El comandante pareció confuso unos segundos pero recordó lo que le había dicho Goldrick de que había otros a bordo del transbordador.

—Tenemos algún que otro arbosaurio extra, mi señor, pero son bestias difíciles de montar para un novato —respondió a un consternado Dinalt, y luego añadió—: Son unas criaturas bastante grandes, aunque imagino que sería posible añadirles una silla para que vuestra gente pueda montar con la mía.

El humor de Dinalt, que se había mostrado bastante sombrío y serio desde que hubo entrado en el centro de mando, se iluminó.

—Excelente. Aquí está la adaptabilidad de los catachanos de la que tanto había oído hablar. ¿Cuándo podéis tener listas las bestias, comandante?

—Haré que mis hombres las preparen para la primera luz del amanecer.

Dinalt asintió con agradecimiento.

—Señor inquisidor —dijo Strike, provocando que Brigstone palideciera al comprender con quién había estado hablando.

—¿Sí, coronel?

—Mis hombres harán todo lo que esté en su poder para que vos y vuestro equipo volváis de una pieza. ¿Puedo contar con que haréis lo mismo por los míos, señor?

El inquisidor compartió una mirada con las dos mujeres antes de responder.

—Naturalmente, coronel. Trataré a sus hombres como si fuesen míos.

—Al terminar la frase, barrió la sala con su capa ondeando tras él. Las dos mujeres le siguieron, pero Brandd se detuvo en el umbral y se giró para mirar al coronel.

—¿Coronel «Muerte» Strike? Entiendo que «Muerte» es un título honorífico y no tu verdadero nombre.

—Así es. Lo gané en una de mis anteriores campañas luchando contra los insurgentes de Burlion VIII.

—Ah, qué divertido —se burló.

—No comprendo, mi señora. ¿Qué es lo que os resulta tan divertido?

—Si no me equivoco, la lengua nativa del sistema Burlion es una variante de un antiguo dialecto franbárico.

—Correcto. Se habla en los doce planetas del núcleo y en varias de las lunas de la periferia.

—Entonces, tu título no significa lo que crees que significa.

Strike mantuvo la calma sin estar seguro de si la mujer estaba intentando provocarle de nuevo.

—¿Qué es lo que significa, entonces?

—Es una palabra compuesta. «Muer» significa «desde» o «del», mientras que «te» significa «basura». Lo que traducido literalmente vendría a ser «de la basura» —explicó Brandd con una sonrisa, y a continuación siguió a Dinalt fuera del centro de mando.

Tzula la seguía de cerca, pero ella también se detuvo para hablar con el coronel.

—Me gustaría decir que con el tiempo madurará, pero no creo que lo haga. —La sonrisa que le siguió fue cálida y genuina, y también la compartió con Brigstone—. El Ordo Malleus os agradece a vos y a vuestros hombres vuestra cooperación, coronel —añadió antes de despedirse.

—Piet, tú y tus hombres deberíais descansar, pero quiero que os presentéis ante mí antes del amanecer para que os informe de vuestra misión —dijo Strike.

—Entendido, señor —dijo Brigstone al tiempo que saludaba.

—Y no hagas esas mierdas. Puede que impresionen al Santísimo Ordo, pero a mí no.

Brigstone sonrió y bajó la mano de su sien antes de darse la vuelta para bajar a los barracones.

—¿Queréis que haga que los hombres se retiren de sus puestos de combate, señor? —preguntó el mayor cuando Brigstone cerró la puerta.

—Todavía no, Thorne. Mantén al regimiento en alerta hasta que ordene lo contrario. —Strike miró por la ventana de la parte trasera del centro de mandos, allí donde la primera de las lunas de Pythos comenzaba a elevarse en el cielo nocturno—. Pueden decir lo que quieran y afirmar que están aquí solo por una misión de exploración, pero si una fracción de todo lo que he oído acerca de la Inquisición es cierta, los problemas no andarán muy lejos de ellos.